

RITUAL
CUENTOS TARDÍOS
ARTHUR MACHEN

Prólogo y traducción
de Antonio Iriarte



Reino de Redonda

RITUAL (CUENTOS TARDÍOS)

Arthur Machen empezó escribiendo relatos góticos para revistas de la época y poco a poco, impulsado sobre todo por sus tragedias personales, se fue decantando por el esoterismo y los relatos de horror, recogidos en incontables antologías. Tuvo una gran influencia en autores de su época, como Oscar Wilde, Conan Doyle y Yeats. Posteriormente, ha sido elogiado por, entre muchos otros, Borges, Lovecraft, quien lo admiró profundamente y homenajeó en sus obras', Bioy Casares y Stephen King 'que considera su cuento 'El gran dios Pan como el mejor relato de horror escrito en lengua inglesa'. Con los cuentos que integran este libro, Machen cerró su obra de ficción.

Título Original: *Ritual and Other Stories*

Traductor: Iriarte, Antonio

©1992, Machen, Artur

©2018, Reino de Redonda, S. L

ISBN: 9788494725616

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 24/06/2018

Arthur Machen

Ritual

Cuentos tardíos (1925-1937)

Prólogo y traducción de Antonio Iriarte

Reino de Ronda

Metadatos

© ESTATE of Arthur Machen

© De esta edición: Realm of Redonda/Reino de Redonda, S.L., 2018 c/o Agencia Literaria Casanovas & Lynch

© Del prólogo: Antonio Iriarte, 2018

© De la traducción: Antonio Iriarte, 2018

Distribución: Penguin Random House S.A.U.

Primera edición: mayo, 2018 ISBN: 978-84-947256-1-6

Depósito Legal: M-I0103-2018

Encargada de la edición: Carme López

Diseño de la cubierta:

Reino de Redonda, S. L., inspirado en la primera edición inglesa (1908) de la novela *The Lost Viol*, de M P Shiel

Omnia exeunt in mysterium

Los últimos cuentos de Arthur Machen

(Prólogo)

La fama de Arthur Machen (1863—1947), aparte de estar en general circunscrita a los aficionados a la literatura fantástica y de terror, se fundamenta en lo esencial en sus obras clásicas de la década de 1890 (*El gran dios Pan* y *La luz interior*, *Los tres impostores*, «El pueblo blanco», «La pirámide brillante») y «Los arqueros», el relato de 1914 que dio origen a la leyenda de los «ángeles» que acudieron al rescate del cuerpo expedicionario británico en Mons. Esas obras se bastan y sobran para asegurarle un puesto fundacional indiscutible en el campo de la literatura sobrenatural, aunque Machen, si bien siempre modesto al enjuiciar sus logros literarios, probablemente hubiese preferido ser recordado por otras y no como autor «de género». Ciertamente, sus tres volúmenes autobiográficos —sobre todo el primero, *Far Off Things* (1922)— y algunos de sus artículos y ensayos no son menos memorables que la serie de relatos que todo el mundo recuerda, se reeditan con relativa frecuencia y le han granjeado a lo largo de los años toda suerte de valedores, desde Jorge Luis Borges a Mick Jagger o, más recientemente, el cineasta Guillermo del Toro.

Pero aun ciñéndonos a aquella parte de su producción que puede considerarse en puridad de corte fantástico, parece injusto relegar al olvido los relatos que escribió en los últimos años de su carrera, entre los que hay algunos de los más característicos y logrados del autor. De éstos, sólo «N» ha alcanzado acaso la repercusión que merece, al figurar en la seminal antología prologada por Philip Van Doren Stern, *Tales of Horror and the Supernatural*, aparecida en 1948, y que constituye la fuente de la mayoría de las recopilaciones y traducciones de relatos del autor publicadas tras su muerte (y desde luego de las aparecidas en España). Hay más cuentos dignos de rescate y de traducción en el período postrero de su carrera. Es cierto que Machen se mantuvo apartado de la ficción unos años y sólo volvió a ella de forma paulatina a partir de 1925, pero aun así dejó un número suficiente de textos que vale la pena recuperar, no sólo por su calidad, sino también, si se quiere, porque completan su aportación al género que a su pesar lo hizo célebre. La presente selección, centrada en los años que van de 1925 a 1937, fecha de publicación de su último relato (aunque seguiría escribiendo ocasionales prólogos y artículos hasta 1942) procura reunir los mejores cuentos de esta fase final, en su gran mayoría inéditos en castellano.[1]

Conviene recordar que, tras abandonar definitivamente su carrera de actor, durante la cual había seguido escribiendo, entre 1910 y 1921 Machen se dedicó de forma casi exclusiva al periodismo, trabajando como reportero para el diario londinense *The Evening News*. Era una profesión que terminó por detestar, pero la única que le aseguraba el sueldo fijo que necesitaba para mantener a su familia, visto el escaso éxito y recompensa financiera de sus esfuerzos literarios hasta entonces.

En estos años, su escasa obra de ficción es de origen periodístico y desde luego de mucho menor relieve que el conjunto de su producción anterior. Pese a su fama, un relato como «Los arqueros» o la novela corta *El terror* no dejan de ser escritos de finalidad propagandística o, si se prefie-

re, alentadora, nacidos en el trance de la Primera Guerra Mundial. La obra de mayor relieve de esta época a ojos de su autor, *El gran regreso*, supuso una nueva decepción para él.

Una vez abandonado el periodismo como asalariado, Machen disfrutó entre 1922 y 1925 de unos años de relativa bonanza económica: lo que el poeta John Gawsorth describió en su biografía del autor como los años del *boom*,^[2] Tras ser «redescubierto» y apadrinado por el bibliófilo de Chicago Vincent Starrett y otras figuras literarias estadounidenses, Machen fue acogido con entusiasmo por el público y se multiplicaron las ediciones y reediciones de su obra a uno y otro lado del Atlántico. Por desgracia, el fenómeno —que además nunca arraigó con la misma intensidad en Inglaterra— fue de corta duración, no generó ingresos considerables o permanentes y había concluido, a casi todos los efectos, a finales de 1925.

En estas circunstancias, casado y con dos hijos de corta edad,^[3] Machen tuvo que resignarse a buscar nuevamente trabajo en la prensa, sobre todo colaboraciones de carácter periódico. Las más destacadas fueron para *The London Graphic*, de enero de 1925 a octubre de 1926, y para *The Observer*, de marzo de 1926 a febrero de 1927. Además de su elevada calidad general, es digno de mención que algunos de estos artículos participan tanto del relato como de la pura crónica de sucesos. «7B, Coney Court», el primer texto de esta antología y lo más parecido a un cuento clásico de fantasmas que escribiera Machen, procede de la primera de esas revistas.² También escribió diversos prólogos para catálogos y libros y a esa actividad se sumó, desde diciembre de 1927 y hasta junio de 1933, la de lector jefe de manuscritos para la editorial Ernest Benn de Londres, dirigida entonces por Victor Gollancz, para la que también escribió su última (y fallida) novela, *The Green Round*^[4]

Sin embargo, el verdadero regreso de Machen a la ficción y a la clase de relato que se suele asociar a su nombre se debe en buena medida al auge, desde finales de la dé-

cada de 1920 y hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, de las antologías de relatos de género. Ya se tratara de recopilaciones de cuentos policíacos, de misterio, de terror o incluso para niños, estos libros se vendían muy bien y no sólo incluían refritos. Muchos, de hecho, contenían textos inéditos, encargados específicamente para la recopilación, a menudo a autores de primera fila del momento. Las tres series de *Great Short Stories of Detection, Mystery and Horror* editadas por Dorothy L. Sayers respectivamente en 1928, 1931 y 1934 para Victor Gollancz son justamente conocidas,[5] pero las que devolvieron a Machen a la ficción fueron las editadas por otra personalidad destacada de las letras de la época, Lady Cynthia Asquith (1887—1960).

Hoy se la recuerda, si acaso, por su amistad con D. H. Lawrence y James Barrie, del que fue la «secretaria particular particular» (tal como ella lo formuló), más que por su propia obra como autora y antóloga. Lo que la dio a conocer en 1926 fue precisamente una de sus primeras antologías, *The Ghost Book*, que, como su título indica, recogía relatos de fantasmas y aparecidos, obra de autores tan señalados como L. P. Hartley, Hugh Walpole, D. H. Lawrence, Walter De la Mare y Algernon Blackwood. A ellos se sumó Machen, que, en total, contribuyó con seis relatos originales a las antologías de Lady Cynthia Asquith. Pese a no ser por entonces un autor que «vendiera», su reputación literaria seguía siendo considerable y Lady Cynthia tenía su obra en muy alta estima; en uno de sus libros de recuerdos dejó escrito lo siguiente:

Con mucho, mi autor favorito de la literatura de espanto era Arthur Machen. Me parecía que no tenía rival a la hora de transmitir por sugestión el sentido del misterio que hay en el corazón de las cosas. ¡Cómo me emocionaba su capacidad de insinuar la existencia de algo que acechaba detrás de la vida: algo indefinible, pero inefablemente maligno! Me asustaba mucho más que M. R. James, pese a su gran destreza técnica.[6]

A las precarias finanzas de Machen le vino muy bien esta contribución anual. Su biógrafo Mark Valentine señala que estos seis relatos suponen la única ficción nueva escrita por Machen entre 1921 y 1931,[7] pero eso supone olvidar el artículo antes mencionado «7B, Coney Court» así como «El don de lenguas» (1927), otro ensayo de tono narrativo aparecido en la revista *T.P.'s and Cassell's Weekly*. Por cierto, la aportación de Machen a *The Ghost Book* fue «Munitions of War», una breve variación sobre el tema de «Los arqueros», ambientada asimismo en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Aunque se trata de una pieza bien ejecutada, no aporta gran cosa y se ha optado por no incluirla aquí.

En las restantes contribuciones a las antologías de Lady Cynthia, recogidas todas en este volumen, se asiste paulatinamente al regreso del narrador fantástico. Dos de estos relatos aparecieron, curiosamente, en antologías destinadas al público infantil: «Despertar» (1928) y «Johnny Doble» (1930) son los únicos cuentos para niños de Machen. El segundo en particular se aparta bastante del resto de la producción del autor galés. Aunque son tal vez los cuentos menos interesantes de los aquí reunidos, en ambos se aprecia no obstante una de sus preocupaciones clásicas: la íntima convicción de que nuestro vulgar mundo cotidiano oculta otro harto más extraño, misterioso y trascendente, y que no hace falta buscarlo muy lejos. Basta con saber mirar, porque puede hallarse en cualquier parte.

Otras dos de las aportaciones de Machen, los cuentos «El misterio de Islington» (1927) y «La habitación acogedora» (1929), son más bien relatos de intriga con ribetes macabros, pero carentes de dimensión sobrenatural. Mark Valentine los considera un trabajo sólido y profesional sin particular mérito, pero no dejan de tener su interés, en particular «El misterio de Islington», del que tenía muy buena opinión John Gawsorth.[8] En este largo cuento, Machen empieza a poner a punto un nuevo tipo de narrador de carácter abiertamente autobiográfico, que hasta ese momento

sólo había aparecido en sus artículos y crónicas periodísticas.[9] Como advertirá el lector, esta característica la comparten muchos de los relatos de la década de 1930 aquí reunidos. Varias de las experiencias a las que aluden de pasada el narrador o alguno de los personajes de estos cuentos son trasuntos de las que vivió Machen en sus años de reportero. No suelen ser esenciales para la trama, pero contribuyen a crear el peculiar ambiente que reina en los mismos. Dicho sea de paso, tan interesante como lo que se cuenta en los relatos resulta la forma de contarlo, así como las opiniones expresadas por los personajes, y que, con el paso del tiempo, cada vez se van pareciendo más a las del autor.

Para Machen, la verdadera literatura es fruto del éxtasis —es su propio término— y ha de provocarlo en el lector. [10] Una forma más simple de expresarlo sería decir que ha de estar inspirada en lo que de maravilloso hay en el mundo y conseguir transmitirlo. Ahora bien, lo que produce asombro y maravilla también puede ser algo vulgar y corriente. Es una idea que recorre toda la obra de Machen. Su formulación más perfecta acaso se encuentre en este párrafo de su segundo volumen autobiográfico:

Es totalmente cierto que el que no es capaz de hallar maravilla, misterio, temor, el sentimiento de un nuevo mundo y un reino por descubrir en los lugares próximos a Gray's Inn Road nunca encontrará esos secretos en ningún otro sitio, ni en el corazón de África ni en las míticas ciudades ocultas del Tíbet. «La materia de nuestra obra está presente en todas partes», dejaron escrito los antiguos alquimistas, y es la pura verdad. Todas las maravillas se hallan a un tiro de piedra de la estación de King's Cross.[11]

O, como explica hacia esa misma época en una carta a su corresponsal estadounidense Munson Havens: «la literatura ha de estar inspirada por el éxtasis porque ha de contar la verdad acerca de la vida, del mundo, de todo. Y la

verdad (...) es que todo es un profundo misterio, el velo de una gloria inefable y secreta. No sólo las cosas que decimos «bonitas», «románticas», «pintorescas», «exquisitas», «raras», etcétera (...) No sólo esas cosas forman parte del gran velo; sino todas las cosas (...) hay que ver cómo bajo todas las apariencias comunes y acostumbradas *aliquid latet divini.*»[12]

Con esta precisión acerca del ideario estético de Machen llegamos a su última contribución a las antologías de Lady Cynthia. Se trata de la pieza decisiva de esa colaboración y de la mejor de las seis y, sin duda, de uno de los grandes cuentos de este libro. En «Abrir la puerta» (1931), Machen recupera su noción clásica del otro mundo, más antiguo y más trascendente, que coexiste entremezclado con el nuestro, pero también la idea de que acceder a él y a los misterios que encierra, no digamos ya entrar en contacto con sus moradores, no está exento de riesgos. Y es que, como señaló Borges, Machen «sintió la gravitación de los muchos pueblos que habían habitado Inglaterra».[13] Esos pueblos no han dejado necesariamente huella en la historia, sino en los mitos y leyendas de la tierra...

Aparece también en este relato el narrador autobiográfico ya mencionado, que rememora sus «más o menos diez años en Fleet Street» y menciona algunas de las curiosas experiencias vividas por Machen durante su trabajo de reportero. El lector observará que dos de los casos singulares que afirma que quedaron sin publicar por resultar demasiado extraños para las «sobrias columnas» del periódico son citados de nuevo en otro relato posterior, «Fuera del cuadro». Como en los casos de Holmes que el doctor Watson nunca llegó a contar, dejándonos sólo alusiones tentadoras a los mismos, no llegaremos a conocer aquí la historia del Sindicato J.H.V.S.[14] como tampoco la del enigmático señor Campo Tosto, pero la referencia a esos misterios en un relato que plantea otro mayor aumenta su encanto. Las preocupaciones eruditas del reverendo Secretan Jones en materia litúrgica (esa referencia al Grial) son, en parte, las

de Machen, como también comprobará el lector en varios de estos cuentos. La historia destaca, por último, por su reflexión melancólica acerca de los tiempos pasados, tema muy de Machen, que vuelve con cada vez mayor intensidad en los siguientes relatos y, en particular, en «N».

En la década de 1930 el galés siguió escribiendo, animado ahora por su joven amigo el poeta y bibliófilo John Gawsorth, a quien se debe en buena medida este último florecimiento creativo del autor. Gawsorth, como hizo también para otros autores en horas bajas como M. P. Shiel y T. F. Powys, consiguió encontrar editor para nuevos títulos de Machen. Se ocupó de preparar así una recopilación de cuentos suyos (algunos muy antiguos) que había rescatado de diversas antologías (incluidas las de Cynthia Asquith) y revistas. Lo más importante es que logró convencer al autor para escribir un relato nuevo para completar el volumen, que se tituló *The Cosy Roomy* apareció en marzo de 1936.

Así nació «N», uno de sus mejores cuentos tardíos, terminado de redactar, según el manuscrito, el 13 de diciembre de 1935,[15] y dio inicio el último gran período creativo de Machen, que se prolongó hasta mayo de 1936. A este período corresponde asimismo «El camino de Dover», que según Gawsorth estaba destinado en principio, como «N», a *The Cosy Room*, pero acabó apareciendo en otra de las antologías tan de moda, en ese caso dedicada a historias de desaparecidos.

Como se verá, «N» tiene puntos en común con «Abrir la puerta» y es uno de los escritos de Machen más citados y celebrados por quienes ven en él un precursor de la psico-geografía. En él alcanza además gran brillantez en la evocación de un Londres desaparecido, tema tan caro al autor. Es, sin discusión, uno de sus grandes relatos y en él se combinan con acierto su vena fantástica, su pasión por Londres y el sentido del misterio que late en todas las cosas. El arranque del relato, en la tertulia de Perrott, Arnold y Harliss, es un momento entrañable que el lector sabrá disfrutar en compañía de estos émulos de Machen hablando «de los

viejos tiempos y las viejas costumbres y de todos los cambios que había sufrido Londres en el transcurso de los últimos y fastidiosos años».

Conseguido un nuevo contrato con el editor Hutchinson, Machen escribió en apenas tres meses los seis relatos que integraron su último libro de cuentos, *The Children of the Pool*, aparecido en noviembre de ese mismo año. Pese a la pobre opinión del autor sobre el resultado final («Estoy convencido de que, en las palabras de Dryden (más o menos), no se puede esperar extraer de los posos del Arte lo que el primer manantial vivaz no consiguió dar», le escribió a un amigo[16]), estos relatos crepusculares tienen verdadero mérito, además de un particular encanto, y son en su mayoría de la misma calidad que «N».

En este grupo de cuentos, como descubrirá el lector, Machen revisa antiguos temas suyos, pero también tantea nuevos enfoques y asuntos narrativos, aunque es consciente de no tener ya las energías necesarias para seguir por esa vía. En carta a su viejo amigo el ocultista A. E. Waite, afirma: «Creo que tienes razón al pensar que hay indicios o indicaciones de nuevas sendas en *The Children of the Pool*, pero se está haciendo muy tarde y ha oscurecido mucho ya para seguir caminos extraños».[17]

Con todo, resulta interesante el juego con la estructura y los tiempos de la narración en «La omega enaltecida», en que la historia es referida en un primer momento en tercera persona por un narrador omnisciente, para luego pasar a la voz habitual en estos relatos, el narrador trasunto de Machen, que recuerda vivencias pasadas. En este y en relatos como «El camino de Dover» y «Fuera del cuadro» aparecen nuevos asuntos, algunos muy acordes con los tiempos, como el espiritismo, el fenómeno *poltergeist* o la Cábala, que se entremezclan con los motivos paranormales más habituales del autor. Y, como quien no quiere la cosa, en «La omega enaltecida» Machen consigue además darle un giro novedoso al clásico relato de fantasmas. De «Trueque», por